

Hermana Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de Nuestra Señora del Socorro, cofrades y devotos de la Reina de la Plaza:

Obligado es por nuestra parte, antes de acometer este apasionante tarea que la Junta de Gobierno ha tenido a bien encomendarnos, por un lado agradecer de todo corazón el nombramiento, sin duda inmerecido, que hoy nos trae, nerviosos pero ilusionados, ha hacer uso de la palabra en presencia de la Señora. Por otro, consideramos asimismo el deber de ofrecer una explicación a todos, por el indudable atrevimiento que manifestamos al aceptar tan alto honor. Con nuestro sí, únicamente pretendimos devolver a Nuestra Madre un minúsculo grano de arena, de la montaña de gracias con que Ella siempre nos bendijo.

Ciertamente amigos, pudo más en nosotros a la hora de aceptar la invitación, la devoción y el cariño a la Virgen del Socorro que la sensatez, y sin detenernos a calibrar con frialdad el auténtico techo de nuestras posibilidades, nos vemos hoy, pagando nuestra osadía, con la difícil moneda de la responsabilidad.

Pero la idea de pregonar a nuestro pueblo las Gracias de Nuestra Señora, era algo demasiado hermoso como para decir que no. El privilegio que nos ofrecía, la posibilidad maravillosa de cantarle a esta madre celeste de gitanos y payos, prendió con fuerza en nuestra alma enamorada. Y soñando su mirada serena, nos entregamos dócilmente a la tentación de ser por un día, el feliz campanillo que llama a la Salve cuando baila su danza de gloria.

Porque eso pretende ser nuestro pregón: anuncio y llamada, no ya de un sencilla oración a Nuestra Madre, sino de todo el conjunto de sinceras demostraciones de amor, que en forma de ofrendas maravillosas habrán de profesarse a la Señora a lo largo de todo este mes de septiembre que ahora comienza.

Desearíamos en estos momentos, que por un instante tomar nuestra voz el alegre son de repiqueteo del secular campanillo, para anunciar el comienzo de las fiestas del Socorro a todos los rincones de nuestra ciudad...

*Para eso he venido aquí
presentándome a tus plantas...
Acabo de darme cuenta
que he dejado en mi casa
mis miedos, mi nerviosismo,
mis ínfulas literarias,
un zurrón con mis complejos
y una poesía depurada.
Me he dejado casi todo...
Y he traído sólo el alma!
Ay que pregón será el mío...!
Le van a faltar palabras,
y no tendrá poemas finos
ni hipérboles, ni metáforas.
Que se me ha olvidado todo...
Y sólo he traído el alma!
Con ella le cantaré
a esta Reina de la Plaza,*

*y le diré que la quiero
con una rumbita guapa,
con aire de seguriyas
y con un compás de palmas
que le lleguen como un beso
hasta su carita blanca...
Ay que memoria la mía,
venirme sin casi nada!
Que no se te olvide a ti,
ayudarme con tu Gracia;
que con las manos vacías
-solamente con el alma-
para decirte un piropo
he bajado hasta la Plaza.*

Y aquí estamos, a escasos metros del cordobesísimo Arco Bajo, que guarda con celo el envidiable don de la vecindad con la Señora.

La geografía urbana de este barrio sin par, nos presenta la peculiaridad de tres plazas consecutivas, todas ellas hermanas pero distintas, cuales son la Corredera, la del Socorro y la de la Almagra, que buscan su continuidad, a través de la calle que lleva el nombre del mejor imaginero de todos los tiempos, con la otra plaza de la collación, en donde se encuentran las ruinas de las tantas veces llorada excatedral de Córdoba.

Y en ese punto, cómo no, aún asumiendo que quizá no sea este el momento ni el lugar, no podemos callar ante la agresión que las autoridades responsables cometen diariamente contra nuestro patrimonio artístico e histórico. Ciertamente, no es la primera vez –ni será la última si se nos siguen presentando oportunidades que denunciemos públicamente tan lamentable hecho.

Ya, como a tantos vecinos de nuestro barrio, no nos queda ni rabia para hablar de San Pedro. Hablamos de nuestro querido templo, simplemente con tristeza. Sin duda, estas palabras servirán para lo que sirvieron otras denuncias formuladas con anterioridad en otros foros públicos: absolutamente para nada. Pero si quien tiene en su mano la solución, no se cansa de escucharnos, nosotros, desde luego, no nos cansaremos de clamar.

Pero en fin, dejemos San Pedro porque eso es guerra perdida, y volvamos en la mañana de un día cualquiera a la vida desbordante que se derrama en ese minirosario de tres plazas, donde la Reina del Socorro ejerce su realeza.

Porque para conocer la auténtica dimensión que alcanza el amor y la devoción que este barrio profesa a la bendita Madre y al divino Chiquillo, no basta con frecuentar la ermita durante el mes de septiembre. Habrá que venir un día cualquiera del resto de año para comprar a la plaza, o simplemente a pasear por ese laberinto de tiendas y tendillas con que las gentes de la Corredera se ganan horandamente la vida. Tendremos que unirnos a esas personas sencillas que entran a rezar, siquiera una jaculatoria, al pasar por la casa siempre abierta de la Señora, u observar desde el arco de la calleja del Toril, cuantos necesitados de su gracia buscan con la mirada la pequeña ventana por la que se divisa su camarín, bajo la que Fray Ricardo de Córdoba dejó su amor plasmado en unos versos.

No basta con venir a la ermita en este mes de septiembre, hay que pasear por estos lares de vez en cuando, para percatarse de que la Virgen del Socorro, aún sin perder por supuesto su excelsa condición de Madre Santísima del Redentor, es sencillamente, una más de las mujeres de este barrio, a juzgar por la íntima confianza con la que se tratan. Y a buen seguro que más de una, en alguna ocasión, se habrá quedado entreteniéndolo al Niño mientras Ella compraba tempranito algún avío para la comida. Que todo es posible cuando existe una devoción tan grande y sencilla como ésta.

Pero ciertamente, aunque como hemos repetido no es suficiente visitar a la Señora tan sólo por estas fechas, es ahora cuando salta descaradamente a la luz, todo el cariño que las gentes, no sólo de su barrio sino de toda Córdoba, profesan a la patrona del Mercado Central. Es ahora, cuando, a semejanza de los cohetes que rasgan el negro tapiz de la noche en el domingo grande de su salida procesional, la popularísima devoción contenida durante todo el año, se desborda generosamente como un festivo río de ilusiones multicolores. Es precisamente ahora, dentro solamente de tres días, cuando

Nuestra Santísima Madre va a querer bajar de su camarín, poniéndose a la altura de todos los mortales, para permitir que posemos un beso sincero en esa mano que tantas veces se nos ha extendido en momentos de necesidad. Es precisamente ahora, en los próximos días, cuando en el marco de estas fiestas marianas, va a tener lugar la materialización de ese amor en forma de ofrenda de alimentos, que posteriormente mitigarán las necesidades más primarias de nuestros hermanos más pobres. Y es precisamente ahora, cuando a modo de colofón maravilloso, la Virgen del Socorro salga a bendecir las calles de nuestro barrio, en el esperado último domingo de este mes que ahora comienza.

Porque es en este mes mariano de septiembre –especie de mayo a finales de verano y comienzos de otoño- cuando se da anualmente el inicial aldabonazo al nuevo curso cofrade. Atrás se queda el letargo estival, únicamente interrumpido por la celebración del Tránsito. Atrás quedó, un año más, la ausencia de la Virgen del Carmen por las calles de Puerta Nueva. Atrás queda el cansancio de finales de curso, y los sentimientos cofrades vuelven a brotar con nuevas ilusiones, con nuevas esperanzas, con nuevos proyectos y con nuevo ímpetu.

Y aquí, en esta misma ermita en la que ahora nos encontramos, nos veremos todos con la alegría profunda del apasionante trabajo que se abre ante nosotros, en ese primer encuentro que tendrá el próximo día ocho, cuan antes o después de visitar el santuario que custodia otra de las grandes devociones de Córdoba, acudamos al besamanos de esta flor del Socorro, que estará ese día más cerca que nunca de todos nosotros.

*Me han dicho que esta mañana
al bajar del camarín,
se hizo en la Plaza un festín
de alegre juerga gitana.
Reina y Madre soberana,
aunque yo no sé cantar,
no pasaré sin dejar
de venir a darle un beso...
Sólo vendré para eso.
Gracias Madre, por bajar!*

Y ciertamente ese día, al sentir la inigualable sensación de mirar a la Virgen cara a cara, al mirar de cerca esos ojos llenos de amor, al musitarle bajito una oración sincera, se nos escapará sin duda una leve sonrisa al contemplar la carita del Divino Churumbel y la sentiremos más mujer, más humana, más pura y más madre. Y comprenderemos realmente el porqué de esta devoción secular.

Y es que el besamanos de la Virgen del Socorro, tiene para todo cofrade un algo especial, una ilusión, un no sé qué difícil de explicar que, desde luego, lo marca como una fiesta inigualable en nuestro calendario.

Porque todo cofrade, de penitencia o de gloria, de silencio o de música, de túnica o de traje corto, tiene por encima de todas una característica común: el amor a la Madre de Dios. Con el nombre de los Desamparados o de las Lágrimas, de la Concepción o de la Soledad. Del Carmen, del Rocío o del Socorro. El marianismo es nuestra más clara seña de identidad, nuestro mayor orgullo y nuestra mejor bandera.

Quizá por eso, o quizá por otra cosa –quién sabe- el besamanos de esta Reina paya y gitana de la Plaza, congrega de una manera especialísima, a todos aquellos que llevamos a gala el hecho de ser cofrade.

Pero juntos a este día grande, este mes de septiembre se asienta en otros dos días no menos festivos y personalísimos. Al igual que el barrio, como comentábamos al principio se articula en tres plazas consecutivas, estas fiestas que ahora comienzan tienen como puntos culminantes tres jornadas fundamentales, en las que se concretan sucesivamente, el referido besamanos, la tradicional ofrenda de alimentos y la salida procesional.

Sin querer resaltar ninguna de ellas sobre las otras dos, quizá la más propia, la que tiene más sabor de barrio, la más personal, sea la ofrenda de alimentos. Es el momento de plasmar en algo concreto, en algo material que se pueda pesar, medir y contar, el cariño y la devoción de sus gentes a la Madre del Socorro. Y a fe, que a la suave caída de la tarde, este cariño de barrio sencillo se ha concretado en muchos kilos. Kilos con apariencia de alimentos, pero que la Señora, que conoce bien los corazones de cada uno de sus hijos, sabe que no son sino kilos de auténtico amor, lo que a sus pies se ha venido ofreciendo a lo largo de toda la jornada.

Y es que desde primeras horas de la mañana, cada uno aparta lo mejor de sus puestos para dárselo a la Virgen, en una ceremonia grande y sencilla a un tiempo, que anualmente reafirma de manera espontánea el patronazgo que la Señora ejerce sobre el mercado central.

*Lo mejor de lo mejor
te pone el pueblo a tus plantas.
Por tu ventanita ves
cuando llega la mañana
a la gente de los puestos
que van apartando en cajas
lo mejorcito que tienen...
Que normalmente es el alma.
Unos vienen con tomates,
otros cargaos de patatas,
arroz, aceite, cebollas,
y panes de miga blanca,
te van poniendo a tus pies
mientras pasa la mañana.
Cada uno viene a darte
lo que buenamente alcanza.
Los gitanos te traen telas
que parecen seda pálida,
y María la de las flores
te trae dos rosas lozanas
que al ponerlas en la ermita
hacen juego con tu cara.*

*Y así todos, poco a poco,
mientras dure la jornada,
traerán lo mejor que tienen...
Que normalmente es el alma.
Pero yo, Madre y Señora,
como no soy de la plaza
ni tengo telas ni flores,
ni tengo puesto de nada,
abrazándome a tu gente
en una sola garganta,
quiero poner a tus pies
este ramo de palabras,
por decirte que te quiero
cual si fuera de la Plaza.
Que quiero ser uno más
de esa gente enamorada,
que a lo largo de este día
-bien puestecito en sus cajas-
te han dao lo mejor que tienen...
Que seguro, que es el alma!*

Y es que realmente, aunque no seamos de la Plaza, hace ya bastantes años que la Virgen del Socorro ocupa un lugar muy especial en nuestro corazón. Amén de haber residido los primeros años de esta vida en esta collación de san Pedro, mi pertenencia a la hermandad de la Misericordia desde el día que recibiera las aguas bautismales, nos proporcionó una feliz infancia correteando por estas calles, e hizo que gran parte de mis travesuras de chiquillo, tuvieran el marco inigualable de los vetustos muros del templo hoy en ruinas. Y no vamos a volver a hablar de su abandono, que ya lo hemos hecho, pero la verdad es que en el tema de San Pedro, no nos importaría ser repetitivos. Con mi primera juventud, llegó esa conexión para nosotros inolvidable, entre mi hermandad y la Virgen del Socorro, entre nosotros mismos y la Virgen.

Tras la Semana Santa de 1978, mi cofradía, envuelta como tantas otras en el espectacular auge que experimentó el movimiento cofrade por aquellas fechas, se planteó con firmeza la creación de una cuadrilla de hermanos costaleros que solucionara de una vez por todas este grave problema entonces existente.

Un jovencísimo grupo de gente, que daba por aquellos años sus primeros pasos cofrades, se apasionó con la idea de la Junta de Gobierno, y puso manos a la obra plétóricos de ilusión y entrega. Quizá, quien ahora os habla, fuera de los mayores de ese grupo con apenas diecisiete años.

¡Y veinte chiquillos soñamos con ser costaleros...!

Cundióse la voz por el barrio de que la Misericordia saldría al año siguiente con cuadrilla de hermanos. Y pasó lo que tenía que pasar. Mi padre, a la sazón hermano mayor de mi cofradía, y el durante tantos años hermano mayor de esta hermandad Antonio Moyano, convinieron con indiscutible acierto por ambas partes, que si en el barrio existía una cuadrilla de hermanos costaleros, ésta y no otra, era la que debía de tener el honor de llevar sobre sus hombros a la Santísima Virgen del Socorro durante la salida procesional. Y a finales de Agosto, comenzamos nuestros ensayos con el antiguo paso de la Señora soñando con esa fecha del 12 de octubre, en que se celebraba la procesión por aquellos años. Y la Virgen del Socorro, consiguió que ya en nuestra primera juventud, tuviéramos el orgullo de sentirnos costaleros.

Quienes vivimos aquella experiencia, jamás podremos olvidar, no sólo aquel 12 de octubre sino los ensayos precedentes. Ensayos plenos de alegría, el buen humor, y porqué no decirlo, hasta las travesuras propias de la edad. Perdonadme ahora, queridísimos cofrades, que el alma se me escape por la boca en estos versos...

*Porque hablando de estas cosas
parece que estoy viviendo
la primera vez, Señora
que yo fui tu costalero.
Tú bien sabes los que íbamos...
Tú sabes bien, cómo éramos!
Y jamás te vi enfadada
cuando no estábamos serios,
porque en el fondo sabías
que a pesar de nuestro esfuerzo,
éramos veinte chiquillos
vestíos de costaleros.*

*Y sé que no has olvidado
esos veinte nombres nuestros:
Mi hermano Antonio, mi primo,
los dos Tenas, el Culebro,
Pantalones, el Sobrino,
Tudesqui, Bernardo Izquierdo,
y otros más que se me pierden
en la niebla del recuerdo...
Y guiándonos los pasos
Rafa Jaén y Lorenzo.
Muy formales los de fuera...
Pero tela...! Los de dentro.*

*Y tenía que ser así,
porque aunque con fe de hierro,
éramos sólo unos niños
vestíos de costaleros.
Han pasado ya los años,
y con el paso del tiempo,
aquellos veinte chiquillos
ya somos veinte hombres hechos.
Cada uno en esta vida
ha escogido su sendero.
Pero cuando cada año*

*vuelves a salir de nuevo,
en la plaza del Socorro
los veinte seguimos viéndonos,
recordando aquella noche
que paseaste en nuestros cuellos...
Sólo tú sabes ahora,
a pesar de tanto tiempo,
lo que diéramos por ser
otra vez tus costaleros.*

Y es que realmente, aquella primera experiencia del costal, quedó para siempre marcada a fuego en nuestro corazón. Después vinieron seis años más repitiendo la maravillosa vivencia, llenos cada uno de ellos de emociones y sentimientos nuevos. Porque la labor del costalero por muchos años que se lleven, es absolutamente inaccesible a la monotonía. Pasó, como pasan todas las etapas de la vida, la feliz época del costal, y tuvimos que asumir otras responsabilidades en el mundo cofrade. Pero lo que no pasó ni pasará jamás, es la amistad fraternal con el resto de los componentes de aquella primera cuadrilla, ni la sensación irreplicable del esfuerzo costalero.

Por todo eso, cuando llega la tarde festiva del último domingo de septiembre, se despierta en lo más profundo de nosotros un mar infinito de felicísimos recuerdos. Y es entonces, quizá más que nunca, cuando nos sentimos parte de ese barrio que nos vio crecer.

Ciertamente hermanos cofrades de la Virgen del Socorro, al llegar el punto del pregón en que rememoramos el instante luminoso en que la Señora cruza gloriosa el dintel de la ermita, el pregonero siente que emprende la tarea más difícil. Porque qué difícil es explicar con palabras la emoción, las lágrimas, las emociones íntimas, los sentimientos más profundos de todo un barrio. Vosotros lo sabéis tan bien como yo. Estas cosas no queda más remedio que vivirlas para poder comprenderlas. Y en algunas ocasiones, el hecho de haber estado presente, no significa necesariamente haberlas vivido. Es un idioma totalmente distinto el que habla de los sentimientos del hombre. Un idioma increíble que posibilita en estos momentos la conexión entre vosotros y yo. Un idioma que no se aprende el que hace que todos entendáis esas palabras, que por mis limitaciones no alcanzo a pronunciar.

Y es que realmente, en el instante preciso en que la Virgen del Socorro pisa la calle entre una explosión indescriptible de palmas, vivas y fuegos de artificio, sobran todas las palabras para intentar explicar la grandeza de lo que allí está pasando. Hay que mirar con un ojo a la Señora, y con el otro las expresiones que reflejan los rostros de la gente que la mira a Ella. Es todo tan simple y tan complejo, como lo es la riquísima devoción popular de un barrio entero, que a su manera -y todas las maneras llevan a Dios- vive su fe.

A la hora mágica de la caída de la tarde, la Virgen del Socorro, ya en la calle, se dispondrá gloriosa a visitar las calles de su barrio, regalando generosamente su gracia a cada paso suyo. Ya antes de llegar a la Almagra, las todavía altas temperaturas del otoño naciente, unidas al esfuerzo de la salida, han hecho brotar las primeras gotas de sudor costalero. Desde debajo de la parihuela, se distinguen, entrecortados por los

respiraderos, los rostros de los hombres y mujeres de todas las edades que la acompañan a su paso. Se comenta la salida entre los hermanos que comparten el mismo palo; siempre llena de detalles que han de solucionarse sobre la marcha y siempre mejorable a los ojos del costalero, aunque para quien la ve desde fuera haya parecido perfecta. Una nueva levánta, y el golpe del llamador hace coincidir en el mismísimo instante, el retorno del silencio costalero y la explosión festiva de la calle. Son dos mundos en absoluta conexión, pero plenamente independientes. Dos vivencias distintas provocadas por el mismo acontecimiento. Quienes tienen la suerte de llevar a la Virgen, y quienes tienen el privilegio de acompañarla en la calle. Quienes la ven desde las aceras ensalzada en su paso, y quienes, al no poder verla por ir debajo, la sienten íntimamente como una prolongación de su propio cuerpo.

Y así, llenando de esperanza el alma de todos, la Virgen buscará, según los años, la calle Carlos Rubio o la de Juan de Mesa; es decir, la del Baño o la del Poyo.

Si es por la del Baño, podremos contemplar allí, poco antes de la confluencia con la calleja de la Rosa, una más de las muchísimas demostraciones de amor que la Señora recibirá a lo largo de su recorrido. Una auténtica fiesta gitana, que se organiza en honor a la Virgen al pasar por una casa determinada, al más puro estilo y sentimiento calé.

Podríamos habernos detenido en otros muchos puntos del camino, en donde se sucederán igualmente otros detalles significativos de la enorme devoción de que goza la Reina del Mercado. Pero lo hemos hecho precisamente en este, con una clarísima intención. Recuerdo que en mis tiempos de costalero, este instante era para mí, quizá uno de los de máxima intensidad. Desde entonces, procuro siempre estar presente cuando la Señora pasa por la casa de la calle Carlos Rubio, donde mora esa familia gitana.

Ellos cantan y tocan las palmas, y los payos, que no tenemos esa gracia, participamos simplemente con una muestra de admiración y una sonrisa de agrado.

En realidad, esto, es simplemente un pequeño detalle, una pura anécdota, pero si nos detenemos a reflexionar un poco en su significado más trascendente, llegamos, queridísimos cofrades, justamente a donde el pregonero quiere llegar en estos momentos.

Gitanos y payos, comparten la fiesta. Gitanos y payos comparten la devoción. Gitanos y payos comparten el amor a la Virgen. Desde el Arco Alta hasta San Pedro; desde la Cinco Calles hasta Pedro López, en los lares bendecidos por la gracia de la Virgen del Socorro, gitanos y payos comparten en armonía desde hace muchísimos años el mismo barrio. Que gran lección de civismo y convivencia la que imparten diariamente estas gentes. Que ejemplo tan maravilloso para otros pueblos, incluso de nuestra queridísima Andalucía, donde el insignificante detalle del color de la piel ha provocado hechos lamentables. Aquí, gracias a Dios, se tienen las cosas muy claras desde hace tiempo. Nada importa que nuestra tez sea un poco más aceitunada o un poco más pálida. La Virgen del Socorro, dulcísima aglutinadora de todos sus hijos, es la Madre de todos, y el alma la tenemos todos del mismo color.

*Al que diga que el color
de la cara es un problema,
yo le diré con gran pena
que es que no entiende de amor.
Ni sabe lo que es dolor,
ni sabe lo que es querer.
Que lo que importa es tener
el alma limpia de un niño,
ir derramando cariño
a cada paso que des.*

*De la cabeza a los pies,
ser una persona honrada.
Lo demás, no importa nada,
porque aquí, nuestro papel,
es ser hombre bueno, fiel,
y honesto en cualquier acción...
Y eso va en el corazón!
No en el color de la piel.*

Y payos y gitanos seguirán viviendo con gozo indescriptible la fiesta grande del barrio, mientras la Virgen se digne estar en la calle. Y en su recorrido glorioso, pasará por casas engalanadas, que aunque en buen número debieran de ser más, y recibirá incontables muestras de amor filial regalando a cambio su inagotable consuelo y derramando sobre todos la fuente de su esperanza. Verá y entenderá todas las expresiones en los rostros de sus hijos, acogerá todas las plegarias, y reconocerá todos sus nombres. Y se sentirá tremendamente orgullosa de ese pueblo, de ese barrio y de esas calles. Pero entre todo, añorará un año más la ausencia de la Misericordia de su hijo en el templo principal, y llorará disimuladamente sus Lágrimas, escondiendo con prudencia su Desamparo, al pasar por las ruinas de San Pedro.

Y toda su gene la acompañará, llevándola casi en volantadas, hasta la mismísima Plaza de la Corredera, en donde Ella es todavía más reina, buscando la cúspide de su paseo triunfal. Si difícil era para nosotros describir el instante de la salida, contar lo que sucede cuando la Señora llega a la Corredera, se nos antoja imposible.

Podría contar mis primeros recuerdos infantiles, que no pasaban más allá del miedo a los cohetes, y seguro que me entenderían los niños. Podría contar la sensación escalofriante que siente un hombre cuando las lágrimas de emoción se funden en la cara con el sudor costalero bajo la trabajadora, y me entenderían quien ha tenido la suerte de llevar a la Señora. Podría contar los innumerables porqués que preguntaba un niño de cuatro años, sorprendido ante todo aquel ambiente, y me entenderían todos aquellos que son padres. Pero por encima de todo, queridísimos cofrades, podría callar... Y me entenderíais todos.

Porque la presencia de la Señora de la Corredera, la explosión de júbilo que la acompaña, el sentimiento de barrio, la demostración de fe y el ambiente festivo que genera la conjunción de todos estos componentes, nos hace reconocer humildemente nuestras limitaciones, y admitir nuestra imposibilidad de narración.

Bien fácil sería decir que llega la Virgen, que cruza la Plaza, que la ponen bajo el arco de la calleja del Toril y que le tiran cohetes, pero eso sería demasiado pobre. Vosotros sabéis tan bien como yo que hay mucho más. Que todo eso es mucho más rico, mucho más auténtico, mucho más emocionante y mucho más complejo. Porque qué decir de la motivación de esas gentes. Cómo explicar con palabras la causa primera y fundamental de esa explosión festiva, de esa demostración de fe. El sentimiento del pueblo, no lo puede comprender sino un corazón que sea parte integrante de ese pueblo. Un corazón sensible capaz de vivir la fiesta en toda su dimensión humana y trascendente.

Por eso mis queridos amigos, asumiendo que sería un intento imposible para nosotros, más que intentar explicar lo que sucede cuando la Virgen del Socorro llega a la Plaza, simplemente, doy gracias a Dios porque a todos nos ha hecho parte de ese pueblo sensible y sencillo, que vive, siente y comprende la fiesta. Doy gracias a Dios porque a todos nos hizo parte de este pueblo que derrama su devoción mariana en esta, y en tantas otras festividades que se celebran en honor de su Santísima Madre. Doy gracias a Dios por hacernos partícipes de este pueblo que ofrece lo mejor que tiene a los pies de la Señora. De este pueblo que no entiende de razas ni crea absurdas diferencias entre los hombres. Así de sencillo y así de complejo es este pueblo nuestro enamorado de la vida, que cree firmemente en la auténtica felicidad.

Y con esta convicción, no sé si consciente o inconscientemente, se agolpa a las puertas de esta ermita acompañando el regreso de la Virgen, intentando recoger para sí las últimas gotas de gracia que Ella derrama en la calle.

Repetida a la inversa la maniobra de la salida, el cierre de los portones deja grabada en nuestra memoria esa imagen de luz irrepetible que la Señora nos regala en el último instante, y que guardaremos celosamente con la ilusión de verla repetida el año próximo. En la calle, muchos seguirán viviendo su fiesta. En el interior de la ermita, será el momento del abrazo costalero. De la satisfacción del deber cumplido. Del descanso feliz de quienes llevaron sobre sus espaldas el peso de la responsabilidad en los últimos días. De todos aquellos que vieron, con creces, recompensado su esfuerzo generoso. De esas manos anónimas que llenas de ilusión pincharon la flor, pusieron la cera, montaron el paso o vistieron la Virgen.

Y Ella que, como dice el evangelio, guarda todas esas cosas en su corazón, volverá agradecida a su camarín para seguir mostrando diariamente a su barrio, a su pueblo y a su gente la redención que tiene en los brazos. Para seguir manteniendo ese contacto íntimo y cotidiano con tantas personas que necesitan de su gracia, con esos hombres y mujeres que la visitan durante todo el año para contarle sus cosas, sus problemas, sus alegrías y sus tristezas. Para seguir siendo en suma, aunque la Reina, una más de las mujeres del barrio.

*Hasta tu ermita Señora,
desponjándome de todo,
para decirte un piropo...
Ni traje versos finos
ni palabras con adornos.
Sólo vine con el alma
para decirte a mi modo,
que eres la Reina del Cielo,
la Madre del Poderoso,
el consuelo de los pobres,
la alegría del que está solo,
la esperanza del que sufre
y el pañuelo de mis ojos...
Y el apoyo de este pueblo
que se te entrega gozoso.*

*Vine, sólo con el alma
para decirte tan sólo,
que te quiero, Madre mía,
que aquí te queremos todos.
Que este es tu barrio y tu gente,
y que tú eres su Socorro...
Desde ese cielo infinito
donde tú tienes tu trono,
al Hijo que está en tus brazos
ruega siempre por nosotros.*

He dicho.

Pronunciado en la Ermita de la Patrona del Mercado Central
el día 5 de septiembre de 1992